

En que se traba conocimiento con el capitán Perros.

El teniente de navío no se había equivocado al cantar las alabanzas de la *Golondrina*. Era una preciosa *cáscara de nuez* en la que podía uno aventurarse en el Océano y afrontar su cólera, con tal de que no estuviera demasiado alborotado.

Pero lo que había inducido á la señorita de Roye, lo que había seducido á Germana, lo que le había decidido á aquella fuga, había sido el capitán.

El capitán Nazario Perros era un buen tipo de marino, pero era un tipo que no podía inspirar pasión alguna á ninguna jóven. El capitán Perros había nacido en Kerdroguen, á dos ó tres kilómetros de Brest, en una granja, y, como á su padrino, hermano de su madre, Ana María Labrec, le habían bautizado con el nombre de Nazario. Sus padres querían hacer de él un buen bracero ó un modesto y pacífico pastor; pero tuvieron que renunciar á tan tranquilizadores proyectos. Desde sus primeros años,

el pequeño Nazario entabló frecuente trato con los marineros de Brest y los pescadores de la costa.

Si se perdía se le encontraba zambullándose como un pato en el agua de la playa, en el fondo de la sentina de un barco, en una balandra ó en las barcas de los pescadores vecinos suyos.

A los seis años Nazario pasaba las noches con los pescadores más arrojados que van á echar sus redes á alta mar, sin que les intimide el mal tiempo.

Esta era una buena escuela para Nazario. El mozo recibía las gruesas olas sin pestañear y los más temibles vaivenes le parecían simples mecimientos.

Demostraba lo que se llama una verdadera vocación.

Tuvo la suerte de aprender á leer al mismo tiempo que aprendía á trepar por los mástiles y á subir por las cuerdas y las cofas, como una ardilla por los pinos.

Su padrino desempeñaba las útiles funciones de maestro en su pueblo.

Esto fué lo que salvo á Nazario.

A fuerza de castigos, domado por aquel amistoso *magister*, que le castigaba por su bien, aprendió á escribir casi correctamente, lo cual le aseguró cierta superioridad entre un gran número de sus convecinos y le permitió más tarde perfeccionar por sí mismo, ayudado por una voluntad de hierro y una inteligencia muy viva, una instrucción muy superficial en su principio para llevarle más allá.

A los diez y ocho años entró al servicio de un armador del Havre, por lo cual y en calidad de capitán de la marina mercante, recorrió el mundo en todos sentidos descubriendo negocios y explotándolos hábilmente. En más de cien viajes trajo cargamentos de todas clases, desde el algodón de América y los cafés de Aden ó de Zanzibar, hasta las sedas de la China y los cigarros de Cuba.

El físico de Nazario Perros no ofrecía nada

de notable más que la extraordinaria anchura de sus espaldas y la extrema energía de sus facciones.

Se hacia comprender en una media docena de lenguas; comprendia bien las otras, lo mismo en *Sydney* que en *Ceylan* ó en *Batavia*.

La señcrita de Roye le vió, y le agradó al primer encuentro.

En su angustia, no sabiendo á quién confiar-se, desesperada, se acogió á él como el ahogado se agarra á la tabla que encuentra á su alcance.

Pensó que Perros sería su salvador.

En pocos dias le ganó por toda clase de agasajos y atenciones, como á un dogo, al cual se parecia bastante, que se quiere domesticar.

El capitán, como sabemos, ocupaba desde que se habia retirado una casita en la calle de *Ptretat*, desde la cual se gozaba de una magnífica vista sobre el mar.

Los marineros tienen un amor sin límites á esa pérfida que los trata tan cruelmente, y no quieren morir sin verla por última vez desde su lecho.

Allí fué adonde unos ocho dias antes de su partida habia ido á buscarle la señorita de Roye.

El capitán Perros regaba su jardín, es decir, una docena de tiestos de albahaca, de reseda y de fucsias, á las cuales daba de beber con la solícitud de una nodriza.

No se admiró de aquella visita.

Existen presentimientos.

El capitán la esperaba como esperaba también una confidencia, que no llegó completa.

Dejó en el suelo la regadera, se quitó su sombrero de juncos, que valdria tres ó cuatro sueldos á lo más, abrochó su chaqueta azul é indicando á la visitante un banco de madera, se sentó á su lado.

—Señor Perros,—dijo Germana,—vengo á pedirnos un favor.

—¿Qué deseais?

—¿Quereis llevarme...?

—¿A dónde?

—A donde querais, con tal de que sea lejos, muy lejos de aquí.

—¿Por mucho tiempo?

—Por tres ó cuatro meses.

—¿Diablo! ¿Sola?

—Con mi doncella. Tengo necesidad de distraerme, de cambiar de aires.

—¿Qué dirá el general?

—A su edad no se corre el mundo. Esperará mi vuelta.

—Necesitamos, por lo menos, su permiso.

—Mi tío no puede negarme nada.

—Os adora, lo sé.

—Además, soy libre; no dependo de nadie. Dentro de ocho dias seré mayor de edad.

Germana dijo esto con tono decidido.

Nazario estudiaba á hurtadillas la fisonomía de la joven.

No era difícil ver en su rostro huellas de las muchas lágrimas que habia derramado.

El marino descubrió aun más.

Era en vano que la desgraciada redoblara sus esfuerzos para disimular su estado, que se agravaba, porque la verdad no podia tardar en hacerse ver.

No era ya cuestion de meses ni de semanas sino de dias.

—No se puede ir muy lejos en un barco como el que poseis,—objetó Perros.

—Justamente. Además, para viajar necesito, á los ojos del mundo y á los de mi mismo tío, un pretexto especioso. He pensado en ello. Mi *yacht* es insuficiente, pero puedo procurarme otro.

—¿Es cuestion de dinero!

—El presupuesto de que dispongo es grande. Tengo grandes economías.

Germana sacó del bolsillo un periódico, *El Yacht*, y lo desplegó.

—Lord Percy—dijo—habia hecho construir una soberbia goleta. Lord Percy ha muerto. La goleta está en venta. La compro.

Puso un dedo sobre el anuncio.

—Ciento veinte toneladas—dijo,—y es una perla. Piden por ella ciento cincuenta mil francos. Se obtendrá por menos.

—¡Teneis una manera de hacer las cosas!—dijo Perros, vacilante y confundido.

Germana le dirigió una mirada suplicante.

—Es que tengo que defenderlo todo; que salvarlo todo: mi tranquilidad. ¡mi porvenir! ¡Sin vos no puedo nada! ¡Con vos estoy salvada! ¿Quereis?

Germana apoyó una de sus manos en el brazo del marino.

—Os lo ruego,—le dijo.

Habia tanto dolor en sus ojos, tantas caricias en su acento, que el rudo breton se enterneció.

—¿Qué puedo hacer?—respondió retorciendo su casi canoso bigote.

—Vais a ir a Liverpool. Comprareis el barco de lord Percy y lo conducireis al Havre. Partiremos una noche lo antes posible. Preveniré a mi tío y pagará. No temáis ninguna objeción por su parte ni por la de nadie. El general de Treville goza de un crédito ilimitado. Para los primeros gastos, aquí teneis cincuenta mil francos, mis economías de soltera. Quiero partir, desaparecer... por algun tiempo. Ya os lo he dicho... es preciso.

Añadió una palabra que aun no se habia atrevido a pronunciar.

—Mi honra está comprometida.

El capitán tuvo un segundo de emoción.

Aquel acento lleno de angustia le turbaba.

—Está bien,—dijo bruscamente, cogiendo el dinero; parto, pero sois aun muy joven para ser tan desgraciada.

—¡Ah! mi desgracia es aun mayor de lo que podeis creer. Si guardo silencio para con el general es para evitarle una gran pena.

La joven se despidió de Perros y salió de la casa. Nadie supo a qué habia ido a casa del ca-

pitan, quien marchó aquella misma noche para Liverpool.

El plan de Germana estaba perfectamente combinado. Pero para detener la marcha de una potente máquina, basta un grano de arena, es suficiente una futil casualidad para cambiar el resultado de una batalla y decidir de la suerte de un pueblo; un minuto perdido hace descaurrilar una existencia entera.

El grano de arena en la aventura de la señorita de Roye debia ser Cirilo Triquet.

El secreto de Germana hubiera sido fielmente guardado; pero Cirilo Triquet estaba en la goleta.

Esta casualidad debia traer funestas consecuencias.

Cuando estuvo en alta mar, en su goleta, que volaba como un pájaro, la señorita de Roye lanzó un suspiro de consuelo.

Ponia un abismo entre ella y su perseguidor, escapaba sobre todo a la pesadilla de la verguenza que la aterrizzaba, porque estaba expuesta a las ironías de una sociedad despiadada.

Y además, desde que se habia refugiado en Deauville, veia aparecer a cada instante tras de sí, en el Casino, apoyado en alguna columna, ó en el puerto, cuando se embarcaba, la burlona fisonomía de Santiago de Brandes.

Veia constantemente en sus feroces ojos las muecas de sus labios, sepultados entre su espesa barba, diciéndola:

—¡Por mucho que hagás, me pertenezcas! ¡No serás jamás del otro!

¡Ahora al menos sus terrores se habian concluido! ¡Estaba salvada!

La *Golondrina* entraba, empujada por un viento favorable, en la parte más ancha del canal de la Mancha, para perderse algunas horas despues en la inmensidad del Océano.

Germana contemplaba pensativa los espacios infinitos, detrás de los cuales desaparecian las playas de aquella tierra de Francia, en la cual

dejaba lo que más amaba y lo que detestaba con la mayor pasión.

El capitán Perros, de pie en el entrepuente, examinaba el horizonte que por todos lados formaba una línea uniforme, en la cual el cielo y el agua se confundían, sin que se pudiera decir donde comenzaba el uno y donde terminaba la otra.

Germana llamó á su lado al capitán.

Este obedeció y fué á colocarse de codos sobre el filarete en que la joven se apoyaba.

—Seguidme.—le dijo—necesito hablaros.

Se dirigió hacia su camarote y cuando estuvieron en él, llamó:

Ursula, que estaba en la pieza inmediata, acudió en seguida.

También ella esperaba una confidencia.

La señorita de Roye les indicó los divanes circulares que rodeaban el camarote, sin poder pronunciar una palabra.

Su rostro se contrajo.

Aquella vergüenza que hubiera querido ocultar, era preciso confesarla.

Hizo un nuevo esfuerzo y dijo precipitadamente:

—Escuchadme.

XIII

La confesion.

La *Golondrina* marchaba viento en popa. Tenía, en verdad, un gran aspecto, y parecía una reina en medio de los barcos mercantes, de las balandras y de los costeros que encontraba en su camino.

El teniente de navío no exageraba sus cualidades cuando se las ensalzaba á su tío el doctor Quesnoy.

El puente de la goleta resplandecía por su limpieza.

En el camarote, rodeado de amplios y cómodos divanes, no se oía más ruido que el de las olas, que batían suavemente los costados del elegante barco, con ese ruido que producen de ordinario al espirar en la arena de la playa.

Una gran mesa fija en el suelo y cubierta con un tapete de terciopelo, del mismo color que el de las paredes, ocupaba el centro.

Germana estaba sentada enfrente del capitán y de Ursula.

Parecía muy nerviosa.

Evidentemente lo que tenía que decir le costaba mucho trabajo; las palabras se ahogaban en su garganta y no podían salir de ella.

Todo su pudor de mujer, se sublevaba á la idea de una confesion, que se habia resistido á hacer hasta el último momento.

Hizo un esfuerzo y se decidió.

—Os he hablado de honra—dijo al capitan.—Habeis debido comprenderlo todo. Este viaje no es más que una huida; pero es preciso que os diga de qué huyo.

Se detuvo un segundo, sofocada por una última convulsion de su orgullo.

—No necesito encargaros el silencio,—repuso—puesto que yo voy tan lejos para asegurarlo. Cuando me hayais oido, sabreis que lo que quiero preservar es, no solo mi honra, sino la honra y el honor de otra persona, el honor de mi apellido, y no soy yo, lo juro ante Dios, quien lo ha empañado.

Germana hablaba febrilmente, tan pronto encarnada por la ira, como pálida por la indignacion.

—Soy muy jóven—continuó—pero creo que en las familias deben considerarse los unos solidarios de los otros. Por mucho que se haga, cuando uno de nuestros parientes se cubre de infamia, saltan gotas de lodo sobre aquellos que más ó menos tienen en sus venas la misma sangre. El mundo es así. Los inocentes pagan las faltas de los culpables. Esta es una de las razones de mi silencio. Aun hay otra, y es que, al referir ciertas historias, se manchan los labios de quien las refiere. Sin embargo, debo hablar. Las apariencias me condenan, pero solo la fatalidad ha sido la que me ha perdido.

Ursula se volvía toda oidos. No era tan ciega que no hubiera adivinado una parte de aquel secreto. Lo que ella ignoraba no era la falta de su ama, sino las circunstancias de aquella falta. El nombre del cómplice, en una palabra, del amante. Aquel ser misterioso á quien ella no habia visto jamás.

El capitan no hizo movimiento alguno. Esperaba.

Porque la señorita de Roye fuera culpable de una de esas debilidades que la juventud explica, no era menos interesante á sus ojos.

Nazario Perros era uno de esos que hubieran dicho de buena fé.

—La que esté sin pecado que la arroje la primera piedra.

Pero que Germana pretendiera ser inocente como el niño recién nacido y victima de un injusto destino, era menos fácil de comprender.

Germana comprendió la desconfianza que inspiraban sus palabras.

—Vos no me creéis—le dijo—y tendriais razon para no creerme, si yo no me avergonzara más de una mentira que de un acto de debilidad cometido libremente. No os diré más que la verdad.

El capitan protestó con un gesto.

—Vos me juzgareis—dijo Germana, deteniéndole.—La casualidad me ha hecho rica, y no por eso soy más vana. A esa riqueza es á la que debo mi perdicion. El invierno último, pasé algunas semanas en un castillo, perdido en medio de los bosques. Se cazaba á caballo casi todos los días. Es una distraccion llena de emociones, una verdadera guerra en la cual el animal atacado disputa su vida á los sitiadores, ayudado por su astucia y su velocidad. En el ardor de la persecucion, se deja uno arrastrar fácilmente; con frecuencia la noche sorprende á los jinetes muy lejos de la casa en donde les esperan. Esto es lo que á mi me sucedió.

Al llegar la noche, cuando se mató al ciervo, me encontré en medio del bosque, á más de seis leguas del castillo de que os hablo.

Mi tio hacia largo rato que habia renunciado á seguirnos. Los demás cazadores se habian extraviado en aquella insensata carrera.

El señor de Beaulieu me acompañaba: el vizconde aprovechó aquella caza, en la cual galopábamos el uno al lado del otro, para declarar-

me sentimientos que yo conocía en él hacia mucho tiempo. Puedo deciros que yo participaba de los mismos sentimientos.

Estos eran un amor leal, una afección sincera, fundada por mi parte en el aprecio que él merecía y en muy antiguas relaciones de familia.

Era preciso encontrar un albergue. Nuestros caballos estaban fatigados. El mío, que había galopado seis horas seguidas, estaba incapaz de todo esfuerzo. Además, nos encontrábamos envueltos en una oscuridad tal, que no se distinguía nada á dos pasos. El país es de los más salvajes y está casi desierto.

Un amigo, un pariente, nos ofreció, mostrando la más franca cordialidad, hospitalidad en su casa.

Era nuestra salvación.

¿Cómo dudar de su honradez y creer que me tendía el más odioso de los lazos? ¿Cómo sospechar peligro alguno, puesto que iba acompañada del señor de Beaulieu, y que en todos tiempos nuestras relaciones con aquel pariente habían sido de lo más afectuosas?

Era pobre, es verdad, y estaba desesperado por una mediana fortuna, con la cual estoy segura de que yo hubiera vivido bastante feliz, pero que él consideraba como un insoportable azote.

Yo ignoraba esto.

Acepté, pues, con alegría aquella oferta que nos sacaba de una situación difícil.

¿Qué os diré? debéis adivinar el resto.

Por un exceso de cortesía dejaron para mí toda la casa, después de una cena en la cual me colmaron, como también al vizconde, de toda clase de pruebas de amistad.

Quedé sola en la casa al cuidado de una vieja criada, cómplice de su amo.

Los demás fueron acomodados en un pabellón de las dependencias.

Lo que yo tomaba por una prueba de delic-

za, no era más que un exceso de astucia, era un lazo.

De este modo yo estaba entregada, sin confianza y también sin defensa, á vergonzosos propósitos.

Agobiada por la fatiga, me había dormido cuando se abrió la puerta de mi habitación.

Desperté sobresaltada. Mi huésped vino á sentarse cínicamente á la cabecera de mi cama.

Tuve que oír por fuerza sus declaraciones, en las cuales entraba tanto amor como odio; tanta infame concupiscencia como brutal pasión. Me inspiraba horror y lástima á la vez.

Traté de alejarle y de enternecerle, pero nada conseguí.

Por fin, en una explosión de ira, me amenazó con las más infames violencias y llevó á cabo sus amenazas.

Mis gritos fueron vanos. La infame mujer que estaba en la casa, única persona que podía oírme, era su cómplice.

Dotado de una fuerza hercúlea, tuvo necesidad de emplearla toda para vencer mi resistencia. Y cuando yo estaba medio ahogada, desmayada, ejecutó su horrible proyecto.

¡Os juro que os digo la verdad, sin reticencias, la verdad pura!

Cuando volví en mí estaba sola.

¡Yo no me acuerdo de nada, solo sí de una lucha innoble, en la cual me sentía herida, deshonrada!

¿Qué debía hacer!

¡Confesar mi vergüenza ante el que había pedido mi mano la vispera!

¡Publicar la infamia de aquel huésped sin fé y sin honor!

Esto era perderme sin asegurar su castigo.

¿Quién cree esas terribles desventuras?

El mundo cree mejor una coquetería, una debilidad, una depravación si quereis, en la mujer, que un cálculo atroz, y una perversidad tan grande en el hombre de quien ha sido la víctima.

Aunque sin esperiencia aun, lo comprendí así.

Y además, esto hubiera sido incitar á Roberto contra el culpable y causar tal vez la muerte de aquel á quien amaba.

Por último, ese criminal es pariente mio. El oprobio de uno recae sobre todos.

Oculté mi dolor.

Al cobarde que vino á insultarme, diciéndome que en lo sucesivo era suya, le devolví reto por reto. Pensé que soy rica y libre; que podría ocultar esta desgracia; que despues de todo, mi conciencia está pura; que amo á mi prometido, y que no debía, por un escándalo inútil, condenarme á ser la irrisión de los demás y perder á la vez la honra para con el mundo y la felicidad de mi vida, puesto que esta revelación hubiera dado por resultado alejar de mí al que amo y causar así su desgracia y la mía.

Tomé el partido de defender mi honor y mi tranquilidad.

Fuerte en mi inocencia, estaba dispuesta á la lucha, cuando un día la horrible realidad vino á hacerme ver que mis esfuerzos eran inútiles.

Fui presa de desvanecimientos, de sordos dolores y de inesplicable malestar.

Mi salud se alteró poco á poco. El insomnio y los vértigos eran frecuentes. ¡Lo que sufrí en aquellas horas de incertidumbre, no se puede explicar!

Me parecía que una nueva vida principiaba en mí. No quería creer en la realidad. Dudé mucho tiempo.

Una carta de aquel hombre, á quien inteligencas secretas informaban de mi estado, me reveló la horrorosa verdad. Consulté... aunque ya no tenía necesidad de consejo. Mi desgracia era demasiado clara...

Seguid escuchando.

Lo que voy á añadir es horrible, me desgarró el alma; pero quiero que sepais toda la verdad.

¡Con un grito de furor, con una rebelion de todo mi sér, que me abrumba, fué como acogí el primer estremecimiento del sér que se agita en mi seno...; esa sorpresa que causa á las madres jóvenes tanta emoción y las hace derramar dulces lágrimas!

¡Yo derramaba lágrimas de vergüenza... lágrimas de ira!

Tenia en mis entrañas un sér que era mi carne, mi sangre; y á este sér, en lugar de amarle, de llamarle con todo mi corazón, le aborrecia mortalmente, como aborrezco á su padre.

¡Sí, le aborrezco!

Germana pronunció estas palabras con tan reconcentrada cólera, que el capitán Perros se sobresaltó.

—¿Es posible?—la dijo.

—Esto es sin duda una blasfemia—repuso la joven; pero ¿creéis que no me haya rebelado yo misma contra la aversion que tengo á esta criatura, inocente en el crimen de su nacimiento? Apenas si me atrevo á confesarlo... ¡He intentado matarme y matarla conmigo! ¡He lanzado mi caballo al galope á través de los más peligrosos obstáculos! ¡A su solo recuerdo mi corazón se oprime!... ¡Mi sangre hierve, mi cabeza está próxima á estallar! Cuando siento el estremecimiento de ese pequeño sér, la sangre afluye á mis ojos y llego hasta la depravacion de disculpar los crímenes de la jóvenes que llegan á ser madres sin que un hombre las dé legalmente su apellido, de las jóvenes á quienes la sociedad condena. A esta infortunada criatura, viviente prueba de mi deshonra, no quiero ni verla ni conocerla!

—¿Qué hareis, pues?

—Lo que tantas otras madres han hecho por miseria, lo haré yo por odio.

—¿Qué vais á hacer?

Dudó un segundo y bajando la voz, dijo:

—La abandonaré.

—¿Vos?

—¡Sí, por mi alma!
 —Ese es un crimen mayor que el otro.
 —Lo ignoro y no quiero saberlo.
 —¡Dios os castigará!

—¡Dios! ¡Si fuera justo me hubiera sometido á esta degradacion? ¿Qué habia hecho yo? ¿Por qué lo he merecido? ¿Tendré sin cesar ante mi vista el recuerdo de un acto execrable? No, lejos de mi, lo olvidaré.

—¡Jamás, eso sería odioso!

—Mi resolucion está tomada; ¡no intentéis quebrantarla! Todo lo que me digais me lo he repetido ya cien veces en mis noches de insomnio. ¡Me he dirigido las más sangrientas censuras; pero mi conciencia ha permanecido muda! ¡No habiendo deseado esta criatura, no habiendo hecho nada para obtenerla, nada la debo! ¡No tendrá ni mi cariño ni mi compasión! ¡Cuando vuelva á la sociedad, cualquiera que sea mi destino, casada ó soltera, marcharé con la frente erguida y me mataré antes que doblegarme ante una burla! Os lo he dicho todo. ¿Queréis ayudarme?

El capitán Perros enjugó un ligero sudor que humedecía sus sienes.

El rostro de la señorita de Roye espresaba implacable resolucion.

—¿Qué es preciso hacer, pues?—preguntó el capitán.

Germana se habia expresado con una animacion extraordinaria.

Bajó los ojos, fijándolos en las flores de la alfombra del camarote, y no se atrevia á mirar frente á frente al capitán ni á Ursula, á quienes habia descubierto los sentimientos de su corazón de madre desnaturalizada.

—¡Jamás—dijo Germana, pensando en Santiago de Brandes—le perdonaré aquel momento de humillacion! Hubiera sacrificado diez años de mi vida por evitarlo. ¡Por qué no me he muerto!

Y contestando á la pregunta del capitán:

—¿Qué es preciso hacer?—repitió con cólera.

—¿Acaso lo sé yo? Pero tengo tiempo para pensarlo. ¡No ha nacido aun este hijo de la desgracia! Lo que puedo decir es que no quiero avergonzarme ante nadie, ni aun ante los hombres de esta tripulacion, que son desconocidos para mí. ¡Basta de temores! ¡Basta de vergüenzas! Estoy al abrigo de las preguntas de los míos, lejos de los curiosos cuyo deseo de conocer mi deshonra, haria que me espíaran. Deseo aun más. ¿Conoceis algun lugar aislado, salvaje, extraviado, en donde yo pueda encontrar asilo durante algunas semanas? ¡Me contentaré con una casa cualquiera, una choza, una cabaña, si es preciso! ¡Me encerraré allí para esperar la hora del alumbramiento! ¡Por qué no habrá sonado ya! Encontradlo, y tendreis eternos derechos á mi gratitud. ¿Es esto posible?

—Sin duda alguna.

—La *Golondrina* seguirá su camino sin mi—continuó Germana.—Os daré cartas para mi tío á fin de engañarle, porque me veo en la necesidad de hacer uso de la astucia y de la mentira. Las pondreis en el correo, en San Sebastian, en Lisboa, ó en las islas Canarias, en una palabra, en donde querais. Dentro de algun tiempo, á mediados de setiembre, volvereis á buscarme. Para entonces todo habrá concluido y os necesito.

Esta conversacion pasaba el veintisiete de julio.

Perros pensó un rato, y dijo:

—Todo es posible.

—¿Segun eso, accedeis?

—Accedo—dijo el breton—porque en esa soledad á donde vais reflexionareis.

—Dios lo quiera—dijo Germana con tono malhumorado—pero eso es superior á mis fuerzas.

—¡Lo que meditais sería un crimen!

—¡Que recaiga sobre su verdadero autor! ¿Habeis prometido?...

—Sí,—dijo Perros.

Tal vez su respuesta encerrara un segunda idea.

—¿Hareis lo que os pida?

—Sí.

—¿Cualquiera que sea mi deseo?

—Sí.

Germana puso una de sus manos sobre las del capitán y sacudiendo su cabeza, pálida por el gran esfuerzo que acababa de hacer, murmuró con voz ahogada, que llegó hasta el corazón del marino:

—Gracias.

XIV

La casa de color de rosa.

Al día siguiente al amanecer, el capitán Perros llamó a la joven al entrepuente para que contemplara el maravilloso espectáculo que desde él se advertía.

A tres ó cuatro millas de distancia, una encantadora isla parecía surgir del seno de las aguas como en una decoración.

En el horizonte, hacia la parte de Levante, una sombría playa limitaba la verde inmensidad del mar.

—¿Dónde estamos?—preguntó Germana.

—Aquello que veis allí, es la tierra de que hui, Francia, las costas de la Hogue, las rocas de Jobourg y de Carterets. La isla que abordamos es Jersey. Allí estareis tan segura como en las Indias ó en el Japon. ¿Quién os encontrará allí? Así evitareis las fatigas de una travesía inútil.

Aquella isla era en efecto Jersey, resplandeciente con la irradiación de la aurora.

La *Golondrina* se aproximó cerca de una milla más y se puso al paio.

Dejó hacia la derecha la célebre bahía de Saint-Aubin, en el fondo de la cual se eleva Saint-Helier, capital de aquella isla normanda, cuyas fortalezas en ruina parecen amenazar las costas de la madre patria que las ha construido para su defensa.

El capitán mandó botar al agua una lancha, y llamaudo aparte á Germana la dijo:

—Dejaos conducir. Yo me encargo de todo. Buscamos el retiro y el misterio y vamos á encontrarlo.

A las nueve, la lancha entraba en la encantadora bahía de Sainte-Brelade, ese delicioso rincón que hace pensar en el paraíso terrenal.

Iba tripulada por cuatro marineros.

El criado de Perros bajó también á tierra.

Al desembarcar acudió por primera vez á la memoria de la señorita de Roye un recuerdo, al ver á Cirilo Triquet.

Ella había debido ver aquella fisonomía en alguna parte.

Creía estar segura de ello. ¿Pero, en dónde había sido?

—¿Cómo os llamais?—le preguntó.

—Triquet, señorita.

—Ese nombre no me es desconocido. ¿De qué país sois?

—Del Perche, señorita.

—¡Ah! me parece que os he visto ántes de ahora.

Triquet pensó que debía callar su conocimiento con el baron de Brandes, si no quería perder la ocasión de servirle contra los Beaulieu.

—Sería una casualidad, porque abandoné el país hace muchos años—contestó Trequet,—y no conozco allí á nadie ya.

—¿No teneis parientes en él?

—Ninguno, señorita.

—¿Y no habeis vuelto á él nunca?

—Una sola vez. Estuve allí un día, y me marché en seguida.

—¿Hace mucho tiempo?

—¡Muchísimo tiempo!—señorita.

Germana se tranquilizó. La idea de que tenía á su lado, cuando se creía rodeada de extraños, un hombre que podía volver á su país y publicar su secreto, la causaba indecible malestar.

No tardó en olvidar aquel incidente.

La lancha estaba amarrada en la bahía de Sainte-Brelade sobre un fondo de fina arena.

En aquel admirable paisaje todo era verdaderamente encantador.

No se sabe á qué expresiones recurrir, para pintar la gracia de aquella exuberante vejetación, de aquellas rocas que se creieran dibujadas por el lápiz de un artista de genio; la belleza del mar que resplandecía á los rayos de un hermoso sol de verano, y la alegría de las casas escondidas entre el follaje de las más raras plantas trepadoras, de glicinas, de fucsias y de rosas, que subían hasta lo alto de las chimeneas, enlazándose á ellas y dándolas el aspecto de jardines aéreos.

—¿Estareis bien aquí?—preguntó Perros á Germana.

—Admirablemente.

A excepcion de algunos coches de expedicionarios que pasan sin hacer estancia allí, los habitantes de aquella aldea, que no tiene igual en la Normandía, viven sin ruido en sus casas, cuidando sus jardines, arreglando sus redes y sus útiles de pesca, sin cuidarse de sus vecinos, sobre todo cuando éstos son extranjeros y están establecidos en alguna villa aislada, por una temporada, que de ordinario es muy corta.

El capitán Perros estaba al corriente de las costumbres de aquel país.

En algunos instantes había descubierto la casa que convenia á la joven.

Era una bonita casa de campo pintada de color de rosa, con ventanas verdes, y como las otras, felizmente cubierta de follaje, que ocultaba á la vista el absurdo y claro estuco que tanto gusta á los ingleses.

Estaba muy bien amueblada y situada cerca

de la vieja iglesia de Sainte-Brelade, cuya cuadrada torre parecía oprimida por las mil ramas de gigantesca yedra que la cubrían.

Un cementerio la rodea, tan bonito, tan florido, que despertaría deseos de dormir bajo sus lápidas, cubiertas por el musgo, si estos deseos pudieran ocurrírsele á algun ser viviente.

Sin embargo, allí, la muerte misma no es triste. El poético cementerio de Sainte Brelade, hace pensar en el sueño y no en la nada del más allá.

El pórtico de la casa está formado por ligeras columnas de madera rústica; pero estas columnas sirven de sostén á multitud de enredaderas que hacen de ellas una especie de espeso emparrado, con infinidad de campanillas de color de rosa.

Una jóven afable, y rubia como el trigo sazonado, fué quien trató con el capitán del precio del alquiler.

La señorita de Roye, en aquel país de verdadera libertad, ni aun su nombre tuvo necesidad de dar.

No hizo más que dar su dinero.

Por treinta y cinco libras esterlinas llegó á ser propietaria por tres meses de la casa de color de rosa, con su emparrado de enredaderas y un jardín de una media fanega de terreno.

Por dos libras y cinco chelines más, tuvo á su servicio á la jóven de rubios cabellos, que respondía, pero únicamente en inglés, al nombre de *Kate Potter*.

Esta circunstancia no importaba á la señorita de Roye, que hablaba el inglés á la perfección, y que por otra parte se proponía no establecer relaciones con los naturales de Sainte-Brelade.

Kate Potter poseía una multitud de habilidades, de las cuales era la más apreciable la de confeccionar excelentes *puddings*.

Tenia además algunos conocimientos en medicina, porque la casa de color de rosa había pertenecido á un estimable doctor, que á pesar

de su ciencia se había dejado morir, y dormía su último sueño en el lindo cementerio que tenía delante de su casa.

Los herederos, que vivían muy lejos, hacía la parte de Brighton, esperaban vender la casa y provisionalmente dejaban á Kate Potter administrar su propiedad.

La lancha de la *Golondrina* hizo dos viajes á la goleta, trayendo algunos fardos y cajas que contenían los objetos necesarios á la jóven desterrada.

Ursula, á quien la revelación de su ama no había sorprendido, por que sospechaba un misterioso drama en aquel asunto, arregló la casa ayudada por Cirilo Triquet.

El amigo del barón de Brandes, desplegaba un celo extraordinario, bajo la inspección del capitán Perros, quien dirigía este arreglo como si hubiera mandado una maniobra.

Durante aquellos preparativos, Germana, retirada en su habitación, escribía esteñas cartas que entregó al Breton en el momento en que este se iba para la goleta.

Estaba profundamente conmovida por la compasión, casi tierna, que la demostraba aquel rudo marino, duro para con los demás y hasta para sí mismo y que sostenía su debilidad con toda la fuerza de una adhesión pura y desinteresada.

A partir de aquel día existió entre ambos un lazo que debía estrecharse con el tiempo.

Cuando el capitán se alejó, Germana quedó algo pensativa contemplando la estela de blanca espuma que la lancha dejaba tras sí. La vió atracar á la goleta que ostentaba en su palo mayor el pabellón tricolor.

Se sentó sobre una piedra y durante dos horas permaneció absorta en la contemplación de aquel espectáculo que tranquilizaba su espíritu. De pronto, oyó la voz de Ursula que la decía:

—Es preciso que os retireis, señorita; la tarde está demasiado fresca.

Germana se estremeció y enjugó furtivamente una lágrima.

—Háblame como en otro tiempo, como cuando yo era niña,—la dijo,—así me parecerá que estoy menos sola.

Las dos mujeres vo'vieron á la casa atravesando por el cementerio, al cual se subía por unas escaleras de piedra.

La joven se detuvo ante una sepultura recién cubierta, sobre la cual una crucecita de madera, pintada de negro, tendía sus brazos.

A pesar de la oscuridad, descifró la inscripción que había en la cruz.

Aquella sepultura era la de un niño de pecho. Germana se estremeció, un horrible pensamiento vino á perturbar su imaginación. Huyó con precipitado paso, pasó sin detenerse por delante de la servida mesa y se refugió en su habitación.

Los habitantes de Sainte Brelade no habían visto más que un elegante navío. Un barco de recreo, parecido á los de los ingleses ricos, que había estacionado algunas horas en alta mar, á la vista de la bahía.

Y no quedaba entre ellos más que una extranjera, como se ven tantas en Jersey, de las cuales no conocen ni el nombre, ni la edad, ni el país.

El capitán Perros podía, pues, creer á su protegida en seguridad. Su secreto sería bien guardado.

El llevaba cartas que debían dejar al general de Treville en su error, lo cual era fácil, y engañar al prometido de Germana, lo cual no lo era tanto, haciéndoles creer en un viaje imaginario.

El capitán no contaba con los azares de la casualidad. La casualidad era en esta ocasión Cirilo Triquet.

Cirilo Triquet, mientras que Germana y Perros tomaban sus disposiciones, había él encontrado medio de poner cuatro letras á la carrera y depositarlas en un buzón que había á la puer-

ta de una taberna, á cien pasos de la casa que habitaba Germana.

Los cuatro renglones decían lo siguiente:

«La señorita está en Jersey, el pueblo se llama la Brelade.

»La casa es de color rosa.

»El barco continúa su camino sin ella.

»Destino desconocido.

»CIRILO TRIQUET.»

La dirección era:

«SEÑOR BARON DE BRANDES

En Brandes (Orne)

FRANCIA.»